



UNIVERSIDAD
DE LA REPUBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

TRABAJO FINAL DE GRADO

Modalidad: Monografía

La forclusión del Nombre del Padre:

Un caso de delirio místico

Estudiante: Martín Nicolás Sosa Pastorini

C.I: 4.965.603-0

Docente tutor: Jorge Bafico

Docente revisor: Luis Goncalvez

Montevideo, Uruguay

Diciembre, 2024

“ Tenemos el derecho, más aún el deber, de cultivar la investigación sin mirar por un efecto inmediato ”

Freud 1916-1917

A mis compañeros, quienes me acompañaron en este camino y de quienes me llevo un poco de cada uno de ellos, les dedico el presente trabajo.

RESUMEN

En el contexto contemporáneo, donde la subjetividad individual tiende a ser invisibilizada, este trabajo investiga las psicosis desde una perspectiva psicoanalítica, especialmente lacaniana. Se comienza con un recorrido por la noción de delirio desde la psiquiatría, así como por conceptos básicos del psicoanálisis y su relación con la psicosis. Luego, se examina la relevancia de la forclusión del Nombre del Padre en la estructura psicótica, así como el impacto de la resolución del complejo de Edipo en la instauración de la ley paterna y sus consecuencias en la constitución subjetiva. Se describe también el delirio desde el abordaje de Maleval, para finalmente presentar un caso clínico donde se realiza una articulación con todo lo desarrollado teóricamente.

Palabras claves: Forclusión, Nombre del Padre, Delirio, Psicosis

ABSTRACT

In the contemporary context, where individual subjectivity tends to be rendered invisible, this work investigates psychosis from a psychoanalytic perspective, particularly Lacanian. It begins with an exploration of the notion of delirium from psychiatry, as well as basic concepts of psychoanalysis and their relation to psychosis. Next, it examines the relevance of the forclusion of the Name of the Father in the psychotic structure, as well as the impact of resolving the Oedipus complex on the establishment of paternal law and its consequences for subjective constitution. The delirium is also described from Maleval's approach, and finally, a clinical case is presented that articulates all the theoretical developments.

Keywords: Forclusion, Name-of-the-Father, Delirium, Psychosis

ÍNDICE

RESUMEN	2
1. INTRODUCCIÓN	4
2. ANTECEDENTES	6
2.1- Las psicosis y la psiquiatría:	6
2.2 - La psicosis y el psicoanálisis:	7
2.2.1 Nociones básicas de psicoanálisis	7
2.2.2 - La constitución subjetiva en la teoría freudiana	10
2.2.3 - Desarrollo psicosexual	11
2.2.4 El falo en la teoría psicoanalítica	12
2.2.5 Complejo de Edipo en la teoría freudiana	14
2.2.5.1 El edipo en el varón	15
2.2.5.2 El Edipo en la niña	16
3. MARCO TEÓRICO	18
3.1 La Forclusión del Nombre del Padre	18
3.1.1 Verwerfung y Bejahung	18
3.1.2 El Nudo Borromeo	19
3.1.3 La metáfora paterna	23
3.1.4 Los tres tiempos del Edipo para Lacan	26
3.1.5 La lógica del delirio	30
4. ANÁLISIS DEL CASO: Paciente A:	32
4.1 Presentación del caso	32
4.2 La Forclusión del Nombre del Padre y La estructura psicótica	33
4.3 El Delirio Místico y su Función	34
4.4 El Momento de Descompensación y el Rol de la Forclusión	35
4.5 Las fases del delirio	36
4.6 Diagnóstico y Pronóstico	38
5. CONSIDERACIONES FINALES	39
6. Referencias bibliográficas:	41

1. INTRODUCCIÓN

La psicosis, en sus variadas manifestaciones clínicas, presenta desafíos complejos tanto para el diagnóstico como para el tratamiento. Este trabajo surge del interés que desarrollé al escuchar semanalmente a pacientes internados en el Hospital Vilardebó. Esta oportunidad fue posible gracias al profesor Jorge Bafico, quien me permitió asistir como oyente a su práctica en dicho hospital. Cada semana, volvía con nuevos aprendizajes gracias a sus comentarios, que me motivaban a profundizar en la psicosis, especialmente desde la perspectiva del psicoanálisis lacaniano. Hoy tengo el honor de contar con Jorge como tutor de la presente tesis. Entre los diversos relatos tan diferentes que he escuchado y analizado, todos compartían una necesidad; la urgencia de ser escuchados. Entre ellos, uno en particular resulta ser especialmente revelador para explorar algunas de las teorías fundamentales del psicoanálisis lacaniano.

El Complejo de Edipo, tal como lo articula Lacan, es un proceso fundamental en la estructuración del sujeto, mediado por la función del Nombre del Padre. En la teoría lacaniana, el Complejo de Edipo no solo involucra la relación triangular entre el niño, la madre y el padre, sino que también se enmarca dentro de la dialéctica simbólica y la función reguladora del padre simbólico. El Nombre del Padre, en este contexto, representa una función estructurante crucial para la integración del sujeto en el orden simbólico y la resolución del conflicto edípico.

Por otro lado, la forclusión del Nombre del Padre, un concepto introducido por Lacan para describir un mecanismo psíquico particular en la psicosis, juega un papel decisivo en la configuración de los síntomas psicóticos. La forclusión implica la exclusión del significante primordial del Nombre del Padre del campo simbólico del sujeto, lo cual da lugar a una serie de perturbaciones en la estructura psíquica.

En esta monografía, analizaré cómo estos conceptos teóricos se manifiestan en un caso clínico, analizando la relación entre la forclusión del Nombre del Padre y la estructura del Complejo de Edipo en la dinámica psicótica del paciente. A través de un análisis detallado, busco ilustrar cómo la ausencia del Nombre del Padre en el simbolismo del paciente contribuye a la aparición y evolución de los síntomas psicóticos, así como la manera en que estos síntomas revelan una ruptura en el proceso edípico.

Este trabajo no solo ofrece una oportunidad para profundizar en la aplicación práctica de la teoría lacaniana, sino que también tiene el potencial de enriquecer la comprensión de la psicosis en el contexto clínico, proporcionando una perspectiva que integra la teoría y la práctica psicoanalítica.

2. ANTECEDENTES

2.1- Las psicosis y la psiquiatría:

Tanto la psiquiatría como el psicoanálisis han estudiado a lo largo de la historia a la locura. Con la diferencia de que, mientras la psiquiatría se centró en los síntomas, el psicoanálisis fue más allá e intentó encontrarle un sentido a la misma. Los médicos del siglo XIX, al carecer de una teoría psicológica adecuada que explicase el delirio, debieron rendirse a describir las formas y la evolución del mismo. (Maleval, 1998, p.28)

Jaspers (1977) se refiere a las ideas delirantes como aquellos juicios patológicamente falseados poseedores de un elevado grado de los siguientes signos exteriores: la convicción extraordinaria (referido a la certeza subjetiva incomparable), la condición de no influibles por la experiencia, las condiciones irrefutables y la inverosimilitud y rareza del contenido.

Ey, señala que el delirio se caracteriza por una alteración de la realidad que afecta la dinámica de las relaciones entre el Yo y el Mundo. Dinámica ésta que estará acompañada generalmente por una temática persecutoria que será la esencia del conflicto. Indica que: “los contenidos delirantes no son sino reflejos de un trabajo de modificación profunda de la base existencial de la vida psíquica”. (Ey, 1950, p.18 y 19). Señalará más tarde que: “por ideas delirantes debe entenderse no son sólo las creencias y a las concepciones a través de las cuales se expresan los temas de la ficción delirante (persecución, grandeza, etc) sino también todo el desfile de fenómenos ideoafectivos en que el delirio toma cuerpo (intuiciones, ilusiones, interpretaciones, exaltación, imaginativa y pasional, etc)” (Ey, 1978, p 448). El autor señala que el delirio se experimenta en el ámbito de la conciencia como algo indiscutible, irrefutable, lo que explica la intensidad de las reacciones afectivas. Estas experiencias se presentan al sujeto como si fueran eventos del mundo exterior, como revelaciones sorprendentes que exigen una inmediata convicción.

En Freud (1916) el mismo señala lo superficial del estudio de la psiquiatría hacia el delirio, centrándose únicamente en el síntoma pero sin indagar más en su etiología y en el porqué de su temática. Mencionado para desarrollar su idea el caso de una paciente con delirios de celos, que la psiquiatría se ha limitado en diagnosticarla como tal y ha dejando por fuera lo rico de su delirio. A través de una interpretación, Freud muestra que la idea

delirante tiene un sentido y que no es arbitraria su temática, sino que forma parte de la trama de una vivencia de la paciente.

Ahora bien ¿qué actitud adopta el psiquiatra frente a un caso clínico así?(...) La declara una contingencia sin interés psicológico, y no le da más importancia. Existen ideas delirantes del más diverso contenido; ¿por qué justamente los celos son en nuestro caso el contenido del delirio? Aquí queríamos escucharlo al psiquiatra, pero aquí mismo nos deja en la estacada. (...) ¿Tendremos que contentarnos con suponer que es indiferente, arbitrario o inexplicable que se haya desarrollado un delirio de celos en vez de cualquier otro delirio? (Freud, 1916, p. 230)

2.2 - La psicosis y el psicoanálisis:

2.2.1 Nociones básicas de psicoanálisis

Freud (1905) define la pulsión como una fuerza proveniente del interior del sujeto, especialmente de las zonas erógenas, que emprende la búsqueda de un objeto, el cual es variable y cambiante, capaz de satisfacer dicha pulsión, teniendo como meta la descarga de la tensión provocada por el estímulo. “es un proceso excitador en el interior de un órgano, y su meta inmediata consiste en cancelar ese estímulo de órgano” (p. 153).

Pero el objeto para satisfacer la pulsión no va a ser un objeto marcado por la necesidad. Freud (1900/1901) explica que el aparato psíquico primeramente obedece al afán de mantenerse exento de estímulos y por este motivo adopta el esquema de aparato reflejo donde la descarga de la pulsión es inmediata por vías motrices, las descargas que llegan desde el exterior por el extremo sensorial. La excitación impuesta por la excitación interior buscará ser satisfecha actuando de manera insistente hasta que haya una experiencia de satisfacción, capaz de cancelar el estímulo interno. Cada vez que se presente una excitación, el aparato psíquico procurará la descarga a través de la imagen dejada por aquella percepción que fue capaz de complacer, en un primer momento, aquella excitación, en un intento por restablecer la primera situación de satisfacción. “Una moción de esa índole es lo que llamamos deseo” (1900/1901, p. 557).

Freud, junto con Breuler, aborda la neurosis en su libro “Estudios sobre la histeria” en 1893, a partir de un caso emblemático de la paciente Anna O, paciente de Breuler con neurosis histérica, así como también de Elisabeth Von R y Dora. La estructura neurótica se

caracteriza por presentar conflictos internos los cuales tienen su origen en la infancia y en la resolución de los conflictos edípicos y en los deseos reprimidos, resultado de estos. “ (...) el yo no quiere acoger ni dar trámite motor a una moción pulsional pujante en el ello, o le impugna el objeto que tiene por meta. En tales casos, el yo se defiende de aquella mediante el mecanismo de la represión” (1924, p.156). Freud diferenció la estructura neurótica de la psicótica argumentando que, mientras la neurosis es el resultado de un conflicto entre el yo y el ello, “la psicosis es el desenlace análogo de una similar perturbación en los vínculos entre el yo y el mundo exterior.” (Freud, 1924, p. 155). Freud abordó la psicosis a través de la lectura del caso Schreber, teorizando que su delirio se debía a la fantasía de un deseo homosexual inconsciente que será remplazada por una percepción exterior.

“El mecanismo de la formación de síntoma en la paranoia exige que la percepción interna, el sentimiento, sea sustituida por una percepción de afuera. Así la frase «pues yo lo odio» se muda, por proyección, en esta otra: «el me odia (me persigue), lo cual me justificará después para odiarlo». Entonces el sentimiento inconsciente que pulsiona aparece como consecuente de una percepción exterior: «Yo no lo amo - pues yo lo odio - porque ÉL ME PERSIGUE». (Freud, 1911, p.59)

Este mecanismo de proyección, consiste en rechazar hacia el exterior lo que se niega a reconocer en el interior. Como señala Maleval (1998) en una primera etapa, lo insoportable se encuentra reprimido en el inconsciente y transformado en lo contrario, mientras que en una segunda etapa, lo que se encuentra en el exterior, desconocido para el sujeto, vuelve a la realidad de manera deformada. Como indica Freud (1924) en la psicosis tienen lugar dos pasos; en un primer momento el yo del sujeto es arrancado de la realidad mientras un segundo paso quiere indemnizar los perjuicios y restablecer el vínculo con la realidad, a expensas del ello. (p. 94) Para ello llevará a cabo la creación de una nueva realidad menos escandalosa que la abandonada (p. 95)

Como señala Bafico (2022) para el psicoanálisis sólo existen tres estructuras: neurosis, psicosis o perversión, aunque esto no implica que el paciente no pueda fluctuar en su presentación clínica, presentando características de un neurótico, siendo psicótico o viceversa. Lacan define estructura como “un grupo de elementos que forman un conjunto co-variante.” (Lacan, 1955, p.261).

Como escribe Nasio (2008) las manifestaciones psicóticas, como los delirios o las alucinaciones, no son los efectos inmediatos de una causa dada, sino que son el resultado

de mecanismos que el yo pone en marcha para protegerse de un sufrimiento abrumador. Señala que Freud considera al estado psicótico como una enfermedad de la defensa; una manifestación patológica del esfuerzo desesperado del yo por protegerse y liberarse de una representación que no puede asimilar, la cual, como un cuerpo extraño, pone en riesgo su integridad. El yo desplaza hacia el exterior una idea que se ha vuelto insoportable debido a su intensidad excesiva, y al hacerlo, también se desvincula de la realidad externa, cuya representación es la imagen psíquica. El yo se aparta de la representación que no puede reconciliar, pero esta representación está estrechamente vinculada a un fragmento de la realidad. Como resultado, al llevar a cabo esta separación, el yo también se desvincula total o parcialmente de la realidad. Así, el yo se ve desbordado y, de manera irracional, se corta una parte de sí mismo, eliminando la representación de una realidad que le resulta insoportable.

¿Qué significa "sustraerse", "expulsar fuera de sí", "amputarse" o "repudiar la representación"? Significa que una representación psíquica que tiene para el yo una carga demasiado importante, queda de pronto privada de toda significación. La expulsión (...) equivale al retiro brutal de significación (...). Pero cualquiera que sea la metáfora que empleemos, el resultado es el mismo: el yo ha sido perforado en su sustancia y a un agujero en el yo corresponde un agujero en la realidad. (Nasio, 2008, p. 41)

Como indica Freud (1924) en la psicosis tienen lugar dos pasos; en un primer momento el yo del sujeto es arrancado de la realidad mientras un segundo paso quiere indemnizar los perjuicios y restablecer el vínculo con la realidad, a expensas del ello. (p. 94) Para ello llevará a cabo la creación de una nueva realidad menos escandalosa que la abandonada. El delirio por lo tanto constituye una tentativa de curación. Es un esfuerzo inhumano de rehacer completamente el mundo (Maleval, 1998)

Explica Freud (1911): "Lo que nosotros consideramos la producción patológica, la formación delirante es, en realidad, el intento de restablecimiento, la reconstrucción" (p.65). Fue a partir del estudio del Caso Schreber sobre un delirio de paranoia, que Freud postula la idea de que el delirio tiene un objetivo, el cual será el del trabajo de la elaboración delirante que permita disminuir la angustia y resolver su conflicto para poder volver a retomar las relaciones del sujeto con el mundo. Distingue entre tres fases, siendo la fijación la primera y la precursora de la represión. En ella la pulsión no recorre el desarrollo previsto como esperable y a consecuencia de esto permanece en un estadio más infantil. Este

proceso es de naturaleza especialmente pasiva, mientras que la fase de la represión es esencialmente activa. Serán reprimidas todas aquellas pulsiones primeramente retrasadas que provocan un conflicto con el Yo y aquellas aspiraciones psíquicas a las que se le tiene repugnancia. Ya en la tercera fase tendrá lugar el fracaso de la represión y con ello, la irrupción y el retorno de lo reprimido. Dicha irrupción es producida desde el lugar de la fijación y tiene como objetivo la regresión del desarrollo libidinal hasta ese lugar (p.63).

(...) aún los delirios de los que sufren estados confusionales están provistos de sentido y solo por sus omisiones se vuelven incomprensibles para nosotros. he podido convencerme de esto cada vez que se me ofreció la oportunidad de observarlos. Los delirios son la obra de una censura que ya no se toma el trabajo de encubrir su reinado, y que en vez de cooperar en una remodelación que ya no sea chocante elimina sin miramientos todo aquello que suscite su velo, con lo cual lo que resta se vuelve incoherente (Freud, 1900/1901, p.523)

Como señala Calligaris (1991) en el ámbito clínico clásico, para que se pueda clasificar un caso como psicosis, es necesario que existan síntomas fundamentales de crisis, como alucinaciones o delirios. Sin estos síntomas esenciales, no se puede utilizar la categoría diagnóstica de psicosis. La clínica psicoanalítica no se enfoca en describir o identificar los síntomas de manera directa ni en estudiar los fenómenos observables. En cambio, se centra en la estructura interna del paciente y en cómo se manifiestan sus conflictos a través de la transferencia en la terapia. Es decir, el diagnóstico se basa en analizar cómo el paciente proyecta y vive sus emociones en la relación terapéutica con el analista. Por lo tanto, en la clínica psicoanalítica, se puede hablar de estructuración psicótica dejando fuera "cualquier crisis y manifestación tradicionalmente considerada como psicótica: delirio, alucinaciones auditivas, cinestésicas, visuales, en fin cualquier tipo de fenómeno psicótico según la clínica clásica". (p.10). No se enfoca en describir o identificar los síntomas de manera directa ni en estudiar los fenómenos observables. Se centra en la estructura interna del paciente y en cómo se manifiestan sus conflictos a través de la transferencia en la terapia. Es decir, el diagnóstico se basa en analizar cómo el paciente proyecta y vive sus emociones en la relación terapéutica con el analista. (Calligaris, 1991)

2.2.2 - La constitución subjetiva en la teoría freudiana

Freud desarrolla dos modelos sobre el psiquismo humano a lo que los denominó: tópicos. La primera tópica es desarrollada La interpretaciones de los sueños de 1900, donde

el mismo propone una distinción entre dos instancias; inconsciente y consciente, existiendo entre ambas fronteras una tercera instancia llamada preconciente, el cual estaría a cargo del control del paso de determinados contenidos psíquicos. En el inconsciente estarían presentes un conjunto de elementos psíquicos de origen profundo los cuales habían sido reprimidos por resultar displacenteros y generar repugnancia al sujeto. Por otro lado, el consciente se sitúa en la periferia del aparato psíquico, recibiendo información del exterior e interior que el preconciente considere pertinentes. Ya en este último se encuentran una serie de contenidos susceptibles de ser convertirlos en representaciones conscientes o irse inmediatamente a lo profundo del inconsciente.

La segunda tópica, desarrollada en "El yo y el ello" en 1923, introduce un nuevo marco teórico al dividir el aparato psíquico en tres instancias: el ello, el yo y el superyó. El ello representa la parte más primitiva y básica del psiquismo, donde residen los instintos y deseos innatos, guiado por el principio del placer. El superyó, en contraste, actúa como la conciencia moral y refleja las normas y valores internalizados a través de la educación y la cultura. El yo emerge como una instancia mediadora, responsable de equilibrar las demandas del ello, las restricciones del superyó y las exigencias de la realidad externa. Esta estructura jerárquica muestra cómo las fuerzas psíquicas internas interactúan, generando conflictos que pueden manifestarse en la vida emocional y conductual del individuo. A través de estas dos tópicos, Freud elabora un modelo complejo del psiquismo humano, donde las tensiones entre las distintas instancias son fundamentales para comprender los síntomas, los sueños y la dinámica de la vida psíquica.

2.2.3 - Desarrollo psicosexual

Luego de hablar de la pulsión, Freud habla de la vida sexual infantil, la cual nombra que la característica de esta es esencialmente autoerógena, es decir que su objeto se encuentra en el propio cuerpo. El psicoanálisis sugiere que el desarrollo del individuo está profundamente influenciado por la manera en que interactúa con sus objetos primarios. En este contexto, Freud en "Tres ensayos sobre teoría sexual" de 1905, delineó el desarrollo psicosexual a través de cinco etapas sucesivas: oral, anal, fálica, latencia y genital. Cada una de estas fases se define por una zona erógena específica que actúa como el principal foco de la energía libidinal durante ese período. En la primera fase, denominada "fase oral" la actividad sexual no se ha separado todavía de la nutrición y la meta sexual consiste en la

incorporación del objeto. En la segunda fase pregenital, llamada fase sádicoanal, ya empieza a haber una división en opuestos en la vida sexual. La actividad en esta etapa proviene del impulso de dominio a través de los músculos del cuerpo y como órgano de meta sexual se encuentra principalmente la mucosa erógena del intestino.

Por otro lado, la fase fálica es un período crucial en el desarrollo psicosexual del niño. Esta etapa, que se extiende aproximadamente desde los tres hasta los cinco años de edad, se caracteriza por el interés predominante en los genitales, que se convierten en la principal zona erógena. En esta fase, el niño busca placer y satisfacción a través de la estimulación de los genitales, aunque es importante subrayar que esta búsqueda de placer es diferente a la sexualidad adulta en términos de experiencia y comprensión. Otra característica de esta etapa es que se experimenta el complejo de Edipo, el cual juega un papel crucial en la formación de la personalidad y en la dirección del deseo humano. (Laplanche, 1996). El período de latencia por otro lado, es una etapa del desarrollo psicosexual que se extiende desde la disminución de la sexualidad infantil, alrededor del quinto o sexto año de vida, hasta el inicio de la pubertad. Este intervalo representa una fase de pausa o suspensión en la evolución de la sexualidad del niño. Durante este tiempo, se observa una notable disminución en las actividades sexuales y una tendencia hacia la desexualización de las relaciones interpersonales y de las emociones.

Finalmente, la fase genital representa la etapa culminante en el desarrollo psicosexual, en la cual se organiza y estructura la energía pulsional a partir de una primacía en las zonas genitales. Durante esta etapa, que comienza con la pubertad y continúa a lo largo de la adultez, el interés y la energía sexual se concentran en la búsqueda de relaciones sexuales maduras y gratificantes. A diferencia de las fases anteriores, donde las pulsiones se centraban en diferentes zonas erógenas de manera parcial y fragmentada, en la fase genital estas pulsiones se integran y se dirigen hacia el logro de una sexualidad plena y equilibrada.

2.2.4 El falo en la teoría psicoanalítica

Uno de los conceptos más importantes en la teoría psicoanalítica es el falo. Sin embargo la tarea de definirlo se vuelve compleja ya que es un concepto que Freud no definió como tal en sus trabajos. Nasio (2013) indica que el falo no es el pene en su condición de órgano, sino que el falo es el pene fantaseado e idealizado, símbolo de omnipotencia y vulnerabilidad. Dicho pene fantaseado llamado falo es lo que da nombre a la

fase “fálica” en la cual se produce la crisis edípica y en la cual todos los niños, tanto varones como mujeres, creen tener falo, es decir ser fuertes y omnipotentes.

Como señala Laplanche (2004) la organización fálica, que Freud reconoció como una fase crucial en el desarrollo de la libido para ambos sexos, desempeña un papel central en la psicología del individuo. Esta etapa está íntimamente relacionada con el complejo de castración y es fundamental para la formación y resolución del complejo de Edipo. En esta fase, el sujeto se enfrenta a una dicotomía crucial: la opción de poseer el falo o enfrentar la castración. Aunque el complejo de castración se manifiesta de manera distinta en niños y niñas, en ambos casos gira en torno al falo, considerado como algo separado del cuerpo. En la teoría del complejo de castración, el órgano masculino tiene un rol predominante, especialmente como símbolo ya que su ausencia o su presencia “transforma una diferencia anatómica en un criterio fundamental de clasificación de los seres humanos, y también en la medida en que, para cada sujeto, esta presencia o ausencia no es algo obvio, no es reducible a un puro y simple dato, sino que es el resultado problemático de un proceso intra- e intersubjetivo.” (Laplanche, 2004, p. 137). Así, el falo va más allá de ser un simple símbolo (como una representación figurada del órgano viril) y se establece como una significación amplia, simbolizando diversas representaciones.

Bleichmar (1976) por su parte expresa que el falo representa la falta e indica que Freud reconoce dos momentos de la fase fálica: un primer momento donde tanto niño como niña tienen la creencia de que todos tienen pene y un segundo momento donde el pene es un presente, no algo que se es sino algo que se tiene y por lo tanto algo que se puede perder apareciendo así la angustia de castración en el niño (que lo ha perdido) o en la niña (que nunca lo tuvo). Si bien el varón posee el pene, teme perderlo y cree que la niña lo perdió. Y la niña considera al varón completo por tener el pene y ella cree que no lo tiene porque no se lo dió su madre. “El pene es entonces una presencia que se define en relación a una ausencia posible y una ausencia que se hace posible en relación a una presencia supuesta” (p.50).

$$\frac{\text{pene}}{\text{ausencia de pene}} = \frac{\text{máxima valoración}}{\text{mínima valoración}}$$

Esta ecuación ilustrada por Bleichmar representa como poseer al pene implica un máximo valor, mientras que su ausencia lleva a una mínima valoración.

“El varoncito se aferra con energía a esta convicción, la defiende obstinadamente frente a la contradicción que muy pronto la realidad le opone, y la abandona sólo tras serias luchas interiores (complejo de castración). Las formaciones sustitutivas de este pene perdido de la mujer cumplen un importante papel en la conformación de múltiples perversiones. El supuesto de que todos los seres humanos poseen idéntico genital (masculino) es la primera de las asombrosas teorías sexuales infantiles, grávidas de consecuencias. (...) En cuanto a la niña, no incurre en tales rechazos cuando ve los genitales del varón con su conformación diversa. Al punto está dispuesta a reconocerla, y es presa de la envidia del pene, que culmina en el deseo de ser un varón, deseo tan importante luego” (Freud, 1905, p 177).

Sin embargo veremos más adelante que el falo en la teoría lacaniana significa más que un representante viril. En Lacan el falo funciona como un significante. El falo es lo que uno desea. Es el deseo.

2.2.5 Complejo de Edipo en la teoría freudiana

El complejo de Edipo es un concepto fundamental en la teoría psicoanalítica. Freud lo introduce a su obra en las correspondencias enviadas a Fliess, y lo articula con el mito griego de Edipo Rey. (Freud, 1900, p. 270) Podríamos conceptualizarla como una etapa psicosexual del desarrollo del niño donde se configura la trama única de cada individuo.

“También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre, y ahora lo considero un suceso universal de la niñez temprana, si bien no siempre ocurre a edad tan temprana (...) Si esto es así, uno comprende el cautivador poder de Edipo rey, que desafía todas las objeciones que el intelecto eleva contra la premisa del oráculo, y comprende por qué el posterior drama de destino debía fracasar miserablemente” (Freud, 1897, p. 307).

En esta etapa el niño posee un deseo amoroso por el progenitor del sexo opuesto y un deseo hostil frente al progenitor del mismo sexo, quien será capaz de privarlo del amor materno. “Los impulsos hostiles hacia los padres (deseo de que mueran) son, de igual modo, un elemento integrante de la neurosis.” (Freud, 1897, p. 296). Esta ambivalencia de

sentimientos representa el punto central de la trama edípica y de esta emergen los modelos para las relaciones con los otros y la elección de objetos de afecto externos

Como señala Bleichmar (1976) el complejo de Edipo es inconsciente; los deseos incestuosos y hostiles constituyen el núcleo de lo reprimido ya que los mismo repugnan al sujeto y es entonces cuando se establece la represión. Esta instancia es estructurante para el sujeto ya que marca su personalidad y es fundamental en la etapa fálica donde el niño luego de identificarse con su progenitor, termina buscando un nuevo objeto de deseo que no sea su madre. De esta manera el niño logra el desprendimiento de los objetos parentales

El complejo de edipo es el complejo nuclear de las neurosis, en él culmina la sexualidad infantil que por consecuencias, influye en la sexualidad del adulto. A todo ser humano que nace se le plantea la tarea de dominar el complejo de Edipo; el que no puede resolverla, cae en la neurosis (Freud, 1905, p 206).

“Según mis experiencias, y ya son muchas, los padres desempeñan el papel principal en la vida anímica infantil de todos los que después serán psiconeuróticos; y el enamoramiento hacia uno de los miembros de la pareja parental y el odio hacia el otro forman parte del material de mociones psíquicas configurado en esa época como patrimonio inalterable de enorme importancia para la sintomatología de la neurosis posterior” (Freud, 1900, p.269)

2.2.5.1 El edipo en el varón

Nasio (2013) nos dice que alrededor de los tres o cuatro años de edad, los niños varones focalizan su placer en el pene y tienen como objeto de deseo a la madre. Poseen tres fantasías incestuosas: obtener el goce absoluto de tener el cuerpo del Otro, ser poseído el Otro (ser su objeto y hacerlo gozar) y obtener el goce absoluto de suprimir al Otro pero sufrirá lo que Freud denominó la “angustia de castración”, donde el niño “teme ser castigado por donde ha pecado, castigado con la mutilación de su órgano viril, símbolo de su potencia, de su orgullo y de su placer” (p.37). La angustia de castración marca el fin de la crisis edípica. Dominado por el temor, el niño deja de percibir a los padres como objetos sexuales y los reconfigura como modelos a seguir. Al no poder desearlos en términos sexuales, los internaliza como objetos de su Yo. En lugar de quererlos como compañeros sexuales, surge un deseo inconsciente de identificarse con ellos en sus aspiraciones, debilidades e ideales.

Al no poder poseerlos de esa manera, el niño asimila la moral de los padres, adoptando sus normas y prohibiciones. Este proceso de internalización da lugar al superyó, que se manifiesta en sentimientos como el pudor, la intimidad, la vergüenza y la delicadeza moral.

El complejo de Edipo masculino entonces produce dos efectos cruciales en la formación de la personalidad futura del niño. Por un lado, el nacimiento de una nueva instancia psíquica -el superyó y por el otro, la confirmación de una identidad sexual que ya había nacido alrededor de los dos años de edad y que se afirmará más sólidamente después de la pubertad. El superyó se instituye (Nasio, 2013, p.45).

2.2.5.2 El Edipo en la niña

Retomando a Nasio (2013) la niña atraviesa una etapa preedípica considerada esencial para llegar al padre y entrar plenamente en el complejo de Edipo. Para poder desear al padre de manera sexual, la niña primero dirige sus deseos hacia la madre. Por ello, Freud denomina a esta etapa preparatoria para la sexualización del padre como la "fase pre-edípica" En contraste, el niño no necesita pasar por esta fase previa, ya que desde el principio está orientado hacia la madre, quien permanece como el único objeto de su deseo edípico. "No obstante, hablando en términos clásicos, deberíamos decir que el varón desea un único objeto sexual: la madre. En tanto que la niña desea a dos: primero a la madre y luego a padre" (p.54).

En este período preedípico la niña desea a su madre como objeto sexual y al igual que el varón, cree poseer el falo y por ello se siente feliz y orgullosa pero pronto se dará cuenta que ella no lo tiene, que se le fue arrebatado; descubrirá que no tiene falo. (Cabe mencionar que la niña no desea específicamente tener el órgano del varón, sino lo que este significa). Mientras el niño experimenta el miedo a perder, la niña enfrenta el sufrimiento de lo que ya ha perdido. No teme la pérdida, ya que ha constatado que no posee un pene y que nunca lo tendrá, lo que experimenta es "un dolor, el dolor de haber sido privada de algo importante. Como vemos, en el varón domina la angustia y en la niña el dolor (P.57). La niña entonces irá con su narcisismo herido al encuentro con su padre. Mientras que el varón sale del Edipo debido el narcisismo del cuerpo, para preservar su falo, la niña ingresa al Edipo por la necesidad de consuelo, se separa de la madre para ser consolada. Pero en este encuentro las cosas no saldrán como desea y el padre no aceptará darle el falo, acabando con toda esperanza de conquistarlo. Y es cuando la madre, luego de ser

renegada vuelve a ser admirada y es tomada como modelo. Pasa de odiar a la madre a identificarse con ella. Paso seguido volverá a dirigir su atención hacia su padre “ya no para quitarle su poder, sino para ser ella misma la fuente del poder (p.61). Pero su padre seguirá negándose a tomarla como objeto sexual lo que llevará a la niña a identificarse con la persona del padre. La niña ya no considerará deseable al padre en sus fantasías edípicas y lo integrará a su Yo. El Edipo se resolverá entonces de la siguiente manera:

La fantasía dolorosa de haber sido privada de un Falo todopoderoso se ha desvanecido por completo. Ahora, la pequeña en su proceso de hacerse mujer ha olvidado por entero la alternativa pueril de tener o no tener el Falo. Ya no mide su ser ni su sexo con la vara de un supuesto Falo masculino. Ha hecho el duelo del Falo ilusorio y comprueba que su sexo es algo diferente de la falta de un Falo perdido. Así es como supera la idea infantil que hace de la mujer un ser castrado e inferior y deja de culpar a la madre y de rivalizar con el hombre. (Nasio, 2013, p.68)

El complejo de Edipo en la niña llega a su fin cuando, después de haber experimentado la separación de la madre, está lista para desear al padre. En este proceso, la niña renuncia a su deseo hacia el padre, internaliza las características de su persona y sus valores y, al crecer, lo sustituye por una pareja.

3. MARCO TEÓRICO

3.1 La Forclusión del Nombre del Padre

3.1.1 Verwerfung y Bejahung

El término forclusión proviene del alemán Verwerfung, un mecanismo propuesto por Freud para describir el tipo de defensa característica de las psicosis, que se distingue claramente de la represión. El mismo es utilizado por Freud primeramente en su obra de 1894, "Las psiconeurosis de defensa", describiéndolo como un mecanismo de defensa más poderoso y efectivo que los utilizados en las fobias y las obsesiones. Este mecanismo funciona de manera que el yo rechaza completamente una representación que resulta intolerable, de modo que actúa como si esa representación nunca hubiera alcanzado al yo. El padre del psicoanálisis la caracteriza como un juicio del yo que posee la cualidad de generar una ruptura radical con una realidad imposible de asumir (Maleval 2002).

Lacan retoma el concepto de Verwerfung propuesto por Freud para describir la falta de inscripción del significante fundamental conocido como el Nombre-del-Padre lo que llevaría al desarrollo de la psicosis. " Puede entonces suceder que algo primordial en lo tocante al ser del sujeto no entre en la simbolización, y sea, no reprimido, sino rechazado" (Lacan, 1955, p.118-119). En ese contexto, Lacan sugiere, en relación con el Nombre-del-Padre, una Bejahung o afirmación de lo que es.

(...) el planteamiento de una denegación implica necesariamente una representación de la cosa negada y, por lo tanto, la existencia de una afirmación [Bejahung] simbólica anterior. Todo juicio de existencia articulado negativamente en una Verneinung es secundario a una afirmación previa surgida de un juicio de existencia , que es el que debe reconocer o negar la existencia en la realidad de una representación. (Maleval, 2002, p.44)

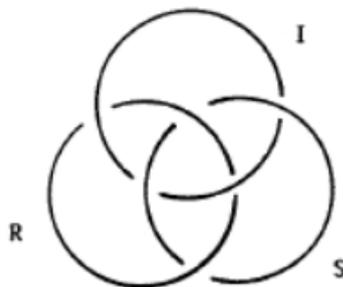
Sin embargo, también señala la posibilidad de una Verwerfung primitiva, en la que algo queda fuera de la simbolización y no es registrado en el orden simbólico. El autor continúa hablando de la Bejahung señalando que la misma puede o no llevarse a cabo, "se establece una primera dicotomía: aquello que haya estado sometido a la Bejahung, a la simbolización primitiva, sufrirá diversos destinos; lo afectado por la Verwerfung primitiva sufrirá otro" (Lacan. 1955, p.119). Como expresa Maleval (2002), una Bejahung primordial implica una integración en el ámbito simbólico y es un paso fundamental para que pueda

ocurrir una represión secundaria. Este tipo de represión secundaria permite que su contenido pueda, eventualmente, reaparecer en el campo del significante. En cambio, de lo que ha sido excluido de la Bejahung inicial ya no existe recuerdo posible. Lo expulsado de la Bejahung reaparecerá desde entonces en el campo de lo real, definido este como “el dominio de lo que subsiste fuera de la simbolización” (p.46), es decir, todo aquello que no fue simbolizado. Lacan continúa, si la Bejahung es llevada a cabo el sujeto podrá seguir el camino esperado de la represión, por el contrario si lo que se da es la Verwerfung o forclusión, faltará el significante del Nombre del Padre, lo que dará lugar a la psicosis. Lacan nos dice: “¿De qué se trata cuando hablo de Verwerfung? Se trata del rechazo, de la expulsión, de un significante primordial a las tinieblas exteriores, significante que a partir de entonces faltará en ese nivel” (Lacan. 1955, p.217).

No es hacia las últimas páginas del seminario III de Lacan, que el autor propone el término forclusión, como traducción a Verwerfung: “luego de haberlo reflexionado bien, les propongo adoptar definitivamente esta traducción que creo la mejor: la forclusión.” (p.455)

3.1.2 El Nudo Borromeo

Maleval (2002) señala que Lacan comienza hablando de un nudo borromeo que consiste en un compuesto de tres redondeles de cuerdas entrelazadas. Pero no tardará en sustituir el término por cadena borromea. Estas cadenas están entrelazadas de tal forma que la ruptura de uno implicaría la liberación de los otros dos. En ella se encuentran los tres registros: el real, el simbólico y el imaginario:



La cadena borromea consiste en un triple agujero, que conforma un cuarto agujero central, que sería el objeto a. “Un anudamiento de los tres elementos parece constituir la topología mínima capaz de captar la estructura del sujeto. La realidad en la que se mueve el ser hablante sólo se construye mediante este entrecruzamiento.” (Maleval 2002, p. 126)

2.3.1 Lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario

Evans (2007) indica que lo simbólico es en lo esencial una dimensión lingüística. “ De modo que todo aspecto de la experiencia psicoanalítica que tenga estructura lingüística pertenece al orden simbólico” (p.179). Lacan (1964) señala que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. A diferencia de Freud dirá que el inconsciente no es un simple conjunto de deseos reprimidos sino que está organizado de forma sistemática, similar al lenguaje. En el inconsciente, se encuentran significantes los cuales están ligados a significados a través de relaciones como la metonimia y la metáfora. Como indica Carbajal et.al.(1986) Lacan toma aportes de Saussure sobre lingüística y cita su fórmula sobre el signo, el cual dirá que es una entidad de dos caras unidas:



El significado refiere al concepto y el significante a la imagen acústica. Lacan tomará esta fórmula pero presentará algunas diferencias. Quitará las flechas, el círculo que rodea la ecuación y dejará el significante arriba y el significado debajo:

$$\frac{S}{s}$$

La “S” mayúscula se refiere al significante y la “s” minúscula al significado. Primeramente vemos una inversión de los términos y la primacía del significante sobre el significado, divididos por una barra que lejos de indicar unión, indica separación. El significante es la unidad mínima del lenguaje y “todo verdadero significante es, en tanto tal, un significante que no significa nada” (Lacan, 1955, p.264). Sólo podrá producirse una significación si los significantes se encuentran sumergidos en una cadena de significantes. Lacan enfatiza que el inconsciente está estructurado como un lenguaje precisamente

porque el funcionamiento del inconsciente se basa en esta dinámica relacional de significantes.

Como señala Laplanche (1998), el registro imaginario se caracteriza por el predominio de la relación con la imagen del semejante. La noción de imaginario se comprende en relación con la fase del estadio del espejo. En esta fase, el niño experimenta una identificación fundamental al conquistar la imagen de su propio reflejo. Esta identificación no solo ayuda al niño a reconocer su imagen, sino que también promueve la estructuración del yo. Esta imagen idealizada corresponde a lo que Lacan denominó el *ideal del yo*, lo que el sujeto aspira a ser. Dor (2002) indica que el estadio del espejo, es crucial en el desarrollo de la identidad, ya que establece las bases para la formación del sentido del yo y de la cohesión del sujeto. Antes del estadio del espejo el niño no experimenta inicialmente su cuerpo como una totalidad unificada, sino como algo fragmentado. La función del estadio del espejo “es neutralizar la dispersión angustiante a favor de la unidad del propio cuerpo” (p.91).

(...) el estadio del espejo es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación; y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se suceden desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad y hasta la armadura por fin asumida de una identidad alienante, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental. (Lacan, 1966, p.102-103)

Dor (2002) expresa que la experiencia del niño durante esta fase se organiza en tres tiempos. Primeramente el niño percibe la imagen de su cuerpo como la de un ser real al que intentará atrapar dando cuenta de que en este primer tiempo hay una confusión entre uno mismo y el otro. En un segundo momento el niño llega a descubrir que el otro en el espejo no es un ser real sino una imagen. A partir de ahora sabrá distinguir la imagen del otro de la realidad del otro lo que será decisivo en el proceso identificatorio. Ya en un tercer momento el niño no sólo sabe que el reflejo en el espejo es una imagen sino que sabe que es la suya. Al reconocerse en esa imagen el niño unifica su cuerpo fragmentado en una totalidad que es la representación de su propio cuerpo. “La imagen del cuerpo es, entonces , estructurante para la identidad del sujeto que realiza en ella su identificación primordial” (p.92).

El registro de lo real, como señala Carbajal et.al.(1986), refiere a lo que está siempre en su lugar, lo imposible. Aquello que está fuera del alcance del lenguaje y la representación; lo que no puede ser simbolizado o imaginado completamente. Evans (2007) indica que el orden de lo real, sigue siendo el registro más elusivo y misterioso de los tres, y del que menos habla Lacan. Mientras que lo simbólico es un conjunto de elementos discretos y diferenciados denominados significantes lo real carece de fisuras siendo lo simbólico lo que introduce un corte en lo real. Lo real sería aquello que se encuentra fuera del lenguaje y es inasimilable a la simbolización. Lacan vincula lo *real* al concepto de imposibilidad. “Lo real es lo imposible de imaginar, imposible de integrar en el orden simbólico e imposible de obtener de algún modo” (p.163). Esta característica de imposibilidad y resistencia a la simbolización lo que le da la cualidad de ser traumática. Lacan señalará también que cuando algo no puede integrarse en el orden de lo simbólico, como es en el caso de las psicosis, puede volver en lo real en forma de alucinación y generar comportamientos incomprensibles para los demás. (Evans, 2007). Los registros imaginarios y simbólicos permiten evitar el choque con lo real.

3.1.3 El objeto a

Como hemos discutido anteriormente, Freud sostenía que en el interior del individuo existía una fuerza inconsciente que impulsaba a buscar la satisfacción de las pulsiones. Sin embargo, Lacan (1956) en el seminario 4 reformula esta idea, proponiendo que no se trata de una mera fuerza, sino de un atrapamiento en la estructura del deseo. Según Lacan, “el deseo sólo se sostiene en una falta” (Maleval, 2002, p. 127). Esta falta, esta ausencia fundamental, actúa como el motor que mueve al sujeto y da forma a su experiencia en el mundo. Se convierte entonces en una condición esencial para que el sujeto pueda existir y habitar su realidad. Es esta ausencia la que genera el deseo y, al mismo tiempo, define la relación del sujeto con su entorno y consigo mismo. Sin la experiencia de la falta, el deseo no tendría dirección, se encontraría sin destino. En este sentido, la falta es una condición constitutiva del ser.

Por lo tanto, el deseo, se manifiesta como un proceso complejo en el que el sujeto se enfrenta constantemente a su propia falta. Esta dinámica no sólo motiva al individuo, sino que también lo conecta con los demás. La condición de falta se convierte en el eje alrededor del cual se articula la existencia del sujeto, estableciendo así las bases para su identidad y su interacción con el mundo que lo rodea.

El deseo mantiene siempre esta condición de falta. Por lo tanto, el deseo nunca se encontrará satisfecho, es insaciable.

Maleval (1998) indica que cuando no se ha concretado la falta, como lo es en el caso de las psicosis, el otro tiende a presentarse, favoreciendo la aparición de sentimientos de influencia y del fenómeno delirante. En la psicosis, el objeto a se pone a pulular invadiendo la neorealidad delirante y el goce, de aquí en adelante, se encontrará deslocalizado. Lacan propone un enfoque del psicótico como sujeto del goce, “un goce que se caracteriza por escapar a la función normalizante del significante fálico, que es llamado goce del Otro” (p.71). Siendo característico del psicótico ser atormentado por un goce sin ley, presentando entonces ciertas patologías que se asocia a un hacerse presente del objeto a que intentan fracasadamente limitar el goce ilimitado. La forclusión de la función paterna suscita una carencia de la significación fálica que desvincula al objeto a de su relación con la cadena significante.

No hay duda de que las últimas elaboraciones de Lacan incitan a concebir la forclusión psicótica fundamentalmente como una carencia del anudamiento borromeo de la estructura del sujeto.

Las últimas elaboraciones de Lacan impulsan a entender la forclusión psicótica esencialmente como una carencia del anudamiento borromeo que constituye la estructura del sujeto. Este anudamiento, que integra las dimensiones simbólica, imaginaria y real, es esencial para el funcionamiento adecuado del sujeto en su realidad. En este contexto, el delirio emerge como un intento de establecer una sustitución del Nombre del Padre, cuya función mediadora ha sido forcluida. Sin embargo, este esfuerzo resulta fallido, ya que el delirio no logra restablecer el orden simbólico perdido. Como consecuencia de este fracaso en la suplencia, se produce un retorno en lo real de aquello que ha sido rechazado. Este retorno se manifiesta en formas de angustia y en la irrupción de elementos que perturban la vida del sujeto (Maleval, 2002).

3.1.3 La metáfora paterna

La figura paterna es crucial para el niño en la etapa edípica como significante organizador. Este padre, al ser un significante, es un padre simbólico que interviene en el mundo imaginario del niño para provocar una ruptura en su forma de relacionarse. Esta

intervención es esencial porque la relación incestuosa (imaginaria) del niño con la madre está condenada al conflicto y al caos.

(...) la relación imaginaria exige algo que mantenga relación, función y distancia. Es el sentido mismo del complejo de Edipo. El complejo de Edipo significa que la relación imaginaria, conflictual, incestuosa en sí misma, está prometida al conflicto y a la ruina. Para que el ser humano pueda establecer la relación más natural, (...) es necesario que intervenga un tercero, que sea la imagen de algo logrado, el modelo de una armonía. (...) hace falta una ley, una cadena, un orden simbólico, la intervención del orden de la palabra, es decir del padre. No del padre natural, sino de lo que se llama el padre. El orden que impide la colisión y el estallido de la situación en su conjunto está fundado en la existencia de ese nombre del padre. (Lacan, 1955, p.139)

Como indica Nasio (2013) para Lacan, la triada madre-hijo-Falo constituye una estructura imaginaria preedípica. El complejo de Edipo surge con la adición del cuarto elemento, el padre, transformando así la triada imaginaria en un cuarteto simbólico. Este cambio ocurre mediante una experiencia de desilusión: el niño se siente defraudado al darse cuenta de que no es el Falo para su madre. Reconoce que el verdadero objeto de deseo de la madre es el padre, no él. En consecuencia, el niño se vuelve hacia el padre, quien es el portador del Falo. La intervención del padre simbólico es fundamental para que el niño pueda resolver adecuadamente las tensiones y deseos inconscientes que surgen en la triada familiar. Si el padre simbólico está ausente o no cumple su papel, el niño puede quedar atrapado en una fase de deseo no resuelto hacia la madre y rivalidad con el padre, lo cual puede llevar a conflictos psíquicos y dificultades en la formación de la identidad.

Para Lacan, el padre actúa como una metáfora, representando un cambio del significante materno al significante del padre. Por esta razón, Lacan se refiere a este fenómeno como la "metáfora paterna", que es la forma en que se manifiesta la función del padre en el complejo de Edipo. La función del padre en el complejo de Edipo es servir como un significante que reemplaza al primer significante en el proceso de simbolización, que es el significante materno. En la relación entre la madre y el hijo, existe un deseo compartido, el cual está simbolizado por el falo, que a su vez representa el significante del deseo. Este padre terrible está vinculado con la ley primordial de la interdicción del incesto. Su presencia produce efectos inconscientes que llevan a la interdicción de la madre bajo la amenaza de castración. Es la identificación con el padre que finaliza el complejo de Edipo. "Frente a ese

padre temido, prohibido, pero que por otra parte es tan amable, colocarse en el lugar adecuado para obtener sus favores, hacerse amar por él. (Lacan, 1958, p.175).

Lacan (1958) señala que el padre rival no es un objeto real, “aunque deba intervenir como objeto real para dar cuerpo a la castración” (p.178), si no que el padre es un padre simbólico. El padre en el complejo de Edipo es una metáfora, un significante que viene en lugar de otro significante. Su función es la de ser un significante que reemplaza al primer significante, es decir, el significante materno. Lacan aborda la intervención restrictiva del padre a través del concepto de la "metáfora paterna" en el seminario tres denominado *Las formaciones del inconsciente*:

$$\frac{S}{S'} \cdot \frac{S'}{x} \rightarrow S\left(\frac{1}{s'}\right)$$

“De acuerdo con la fórmula que, como les expliqué un día, es la de la metáfora, el padre ocupa el lugar de la madre, S en lugar de S', siendo S' la madre en cuanto vinculada ya con algo que era x, es decir el significado en relación con la madre”. (Lacan, 1958, p.179)

La madre anhela el falo, que simboliza un objeto de su deseo. El niño, tratando de cumplir ese deseo de la madre, empieza a identificarse con lo que ella quiere, es decir, con el falo. Posteriormente, el padre interviene y se convierte en el poseedor del falo que la madre desea, lo que resulta en una separación entre el niño y la madre. Finalmente, el niño llega a comprender que el falo no es algo que uno es, sino algo que se puede tener o poseer.

$$\frac{\text{Nombre del Padre}}{\text{Deseo de la Madre}} \quad \frac{\text{Deseo de la Madre}}{\text{Significado al sujeto}} \rightarrow \text{Nombre del Padre} \quad \left(\frac{A}{\text{Falo}} \right)$$

La metáfora paterna facilita la simbolización del deseo materno y activa un goce fálico que se manifiesta a través del lenguaje. En contraste, el psicótico enfrenta una forma de goce que no está regulada por el falo. A diferencia de la neurosis, en la psicopatía el goce

aparece deslocalizado y se presenta como un deseo ilimitado, imposible de controlar porque no está vinculado a un significante que pueda darle sentido (Maleval, 2002).

3.1.4 Los tres tiempos del Edipo para Lacan

Es la resolución del complejo de Edipo, si se lleva a cabo de manera adecuada, podrá internalizar el Nombre del Padre, lo que le permitirá ingresar al mundo simbólico, facilitando su integración en la sociedad y su capacidad para comunicarse y relacionarse con los demás. Lacan (1958) en el seminario 5, expresa que hasta ahora las formulaciones utilizadas para explicar el complejo de Edipo son insuficientes y por esto propone tres tiempos del Edipo. Lacan difiere del Complejo de Edipo psicoanalítico donde el padre priva al niño del objeto de deseo que es su madre y dirá que el padre a quien priva de su objeto de deseo es a la madre. La función del padre en el complejo de Edipo para Lacan es la de privar a la madre de su objeto de deseo. La castración recae sobre la madre, no sobre el niño.

El primer tiempo del Edipo lacaniano inicia con la salida de la fase identificatoria del *estadio del espejo*, cuando el niño, luego de perfilarse como sujeto, sigue manteniendo una relación de indiferenciación cercana a la fusión con su madre, la cual es producto de la postura que el niño toma al intentar identificarse con lo que él cree que es el objeto de deseo de su madre. (Dor, 2002). Dicha identificación se ve facilitada e inducida por la estrecha relación entre la madre y el hijo a través de los cuidados y la satisfacción de las necesidades. En otras palabras, la relación de inmediatez entre ambos, ubica al niño en el papel de hacerse objeto de lo que se supone le falta a su madre. “Este objeto susceptible de satisfacer la falta de otros es justamente el falo. El niño encuentra entonces la problemática fálica en su relación con la madre al querer constituirse él mismo como falo materno.” (Dor, 2002, p.93).

Para el niño, la madre es la fuente de deseo, es quien lo satisface completamente. Esta primer etapa tiene dos personajes; el niño y la madre. El niño desea ser todo para su madre, ser su único objeto de deseo y por ello se convertirá en aquello que la madre desea. El niño cree el falo, que es por él que su madre es feliz, es él quien la completa. Mientras que la madre adquiere el rol del “Gran Otro” . Es ella quien lo introduce al lenguaje, quien aporta el código, transmitiendo todos los significantes y significaciones, todas aquellas palabras que moldearán sus necesidades. La única manera de captar sus necesidades será a través del lenguaje (Bleichmar 1976, p.38). La madre simboliza al falo atribuyéndole características y cualidades que el niño tomará como su identidad: “es divino, es hermoso,

es bueno". El niño toma de la madre el deseo y por eso es que el deseo es el deseo del Otro. "En el primer tiempo y en la primera etapa, se trata, pues, de esto - el sujeto se identifica en espejo con lo que es el objeto de deseo de la madre." (Lacan, 1958, p.198)

Mientras que el niño cree ser el falo, la madre lo ha simbolizado como falo. La misma se reconoce como castrada, incompleta y es el niño quien traerá eso que le falta. La madre fálica será entonces aquella que siente que no le falta nada, poseedora del falo que la completa. Para el niño, esta madre será un ser todopoderoso ya que es quien posee el tesoro de los significantes y será quien dicte la ley, pero esta ley materna será una ley incontrolada, no está sujeta a nada que la controle. Lo que la madre desea, será lo que desee el niño. " El niño y la madre forman una unidad narcisista en que cada uno posibilita la ilusión en el otro de su perfección y produce narcisismo satisfecho" (Bleichmar, 1976, p.41).

En este primer tiempo, el padre se introduce bajo una forma velada o que todavía no se ha manifestado lo que no impide que el padre exista en la materialidad mundana, "quiero decir en el mundo, debido a que en éste reina la ley del símbolo. Por eso la cuestión del falo ya está planteada en algún lugar en la madre, donde el niño ha de encontrarla." (Lacan 1958, p.200). Será en el segundo tiempo del Edipo cuando el padre entrará en escena, cortando en el niño esa imagen de deseo infinito de la madre y constituyéndose como la ley.

En el segundo tiempo del Edipo, aparece la figura del padre como privador en dos direcciones. Primeramente priva al niño del objeto de su deseo, haciendo que este deje de ser el falo de la madre. El niño percibe que la madre prefiere a un otro que no es él, aparece un otro más allá de la madre, un Otro con más soberanía que la madre. Un Otro del otro.

(...) la madre es dependiente de un objeto que ya no es simplemente el objeto de su deseo, sino un objeto que el Otro tiene o no tiene. El estrecho vínculo de esta remisión de la madre a una ley que no es la suya sino la de Otro, junto con el hecho de que el objeto de su deseo es soberanamente poseído en la realidad por aquel mismo Otro a cuya ley ella remite, da la clave de la relación del Edipo. (Lacan, 1958, p.198-199)

En este momento el niño deja de ser el falo de la madre y pasa a existir como entidad independiente en el proceso que se llamó castración simbólica. Este padre terrible aparece como siendo el falo. Para el niño este padre es lo que él era pero que ya no es; el falo (Bleichmar, 1976, p.67). La castración simbólica produce una separación entre la madre y el niño. La madre deja de tenerlo y el niño deja de serlo. El falo pasa de ser algo que se

es, para ser algo que se tiene, que el padre parece tener. La madre ya no es quien dicta la ley sino que está sujeta a la ley de un Otro. Se instaura así la rivalidad entre el padre y el niño donde se disputa ser o no ser el falo de la madre. Si el niño simboliza a la madre como castrada, el niño deja de ser el falo de la madre pero si no lo hace este se mantiene en el lugar de subordinado. En cuanto a la castración, como señala Dor (2002), la falta es simbólica ya que remite a la prohibición del incesto que es la referencia simbólica por excelencia. "Gracias a esto la función paterna es eficaz porque rige el acceso del niño a lo simbólico. La falta que representa la castración es ante todo, como lo formula Lacan, una deuda simbólica" (p.96). Este segundo tiempo del Edipo es crucial para que el niño pueda alcanzar la simbolización de la ley, marcando así el final del Complejo de Edipo. En este encuentro con la ley del padre, el niño se ve enfrentado al dilema de la castración que se presenta a través de la dialéctica de tener de la que depende, de ahora en más, el deseo de la madre. Al perder la certeza de ser el objeto de deseo de la madre, el niño se ve ahora forzado por la función paterna a reconocer no solo que no es el falo, sino también que no lo posee. La posibilidad de ser castrado es crucial para aceptar el hecho de tener el falo. Este es el paso necesario, y es en este punto donde el padre debe intervenir, de manera efectiva

El padre real, quien actúa como "representante" de la ley, recibe una nueva significación del niño a partir del momento en que, desde su posición, se convierte en el supuesto poseedor del objeto del deseo materno: así, asciende a la categoría de padre simbólico. La madre, al aceptar la autoridad de la ley paterna y reconocer la palabra del padre como la única capaz de influir en su deseo, también le confiere al papel del padre un rol simbólico en relación con el niño. "En este punto, el niño se ve llevado a determinarse con respecto a esta función significativa del Padre que es, precisamente, el significante simbólico "Nombre del Padre" (Dor, 2002, p.100).

La tercera etapa implica la salida del complejo de Edipo. Lacan dirá que en el tercer tiempo el padre interviene como real y potente, como aquel que posee algo que la madre desea. El padre ya no estará en el plano simbólico como en el segundo tiempo, sino que se presenta en lo real.

El tercer tiempo es esto - el padre puede darle a la madre lo que ella desea, y puede dárselo porque lo tiene. Aquí interviene, por lo tanto, el hecho de la potencia en el sentido genital de la palabra - digamos que el padre es un padre potente. Por eso la relación de la madre con el padre vuelve al plano real. (Lacan, 1958, p.200)

Este tercer momento, que corresponde específicamente a la "resolución del complejo de Edipo", marca el final de la rivalidad fálica con la madre en la que el niño se encontraba, y en la que también había ubicado al padre de manera imaginaria. Como indica Dor (2002) el punto crucial de esta etapa se define por la simbolización de la ley, que indica claramente que el niño ha captado su significado. La relación del niño con el falo cambia de manera fundamental al dejar de lado el tema del ser y aceptar, por sí mismo, el tema del tener. Al poseer el falo, el padre deja de ser visto como el que impide a la madre acceder a su objeto de deseo. En cambio, al ser el supuesto poseedor del falo, lo restablece en el único lugar donde puede ser deseado por la madre. Así, el niño, al igual que la madre, queda integrado en la dinámica del tener: la madre, que no posee el falo, puede desearlo. El niño, igualmente carente del falo, podrá a su vez codiciarlo.

La dinámica del tener lleva a la dinámica de las identificaciones. Dependiendo del sexo del niño, la influencia de la instancia fálica afectará de manera distinta la lógica identificatoria. El varón, al renunciar a ser el falo materno, se identificará con el padre, quien es el supuesto poseedor del falo. Por su parte, la niña abandona su rol como objeto de deseo de la madre y establece una posible identificación con la madre, ya que, al igual que ella, sabe dónde está el falo y donde buscarlo; en el padre. La ubicación del falo es fundamental para el niño como para la niña, ya que el padre, como supuesto poseedor, se convierte en el preferido de la madre. "Esta preferencia, que demuestra el pasaje del registro del ser al del tener, es la prueba más clara de la instalación del proceso de la metáfora paterna y del mecanismo intrapsíquico correlativo: la represión originaria" (Dor, 2002, p.101). La salida del complejo de Edipo será favorable si el niño varón se identifica con el padre, dicha identificación será clave para la construcción del Ideal del yo. "Si el padre es interiorizado en el sujeto como Ideal del yo y, entonces, no lo olvidemos, el complejo de Edipo declina, es en la medida en que el padre interviene como quien, él sí, lo tiene" (Lacan, 1958, p.201).

Como señala Nasio (2013) durante el primer tiempo del edipo, el padre no está presente físicamente, sino que es la figura abstracta de la ley que preserva al niño del caos que causaría la consumación del incesto representado por el lenguaje. Es un padre que Lacan denominó *padre simbólico*. Por otro lado, el segundo tiempo aparece el *padre real*, el cual actúa como separador para evitar que la madre y el hijo se conviertan en objetos de deseo mutuo, imponiendo una prohibición; que uno tome al otro como objeto de su deseo. Ya en el tercer tiempo el padre es visto como una figura poderosa, objeto de admiración, rivalidad y envidia del niño, ya que este es poseedor del falo, objeto de deseo de su madre. Debido a que el niño no puede tener el objeto, se identifica con el portador del objeto. Ese

padre respetado, odiado y envidiado del tercer tiempo es el *padre imaginario*. “El niño le demandará, en vano, su Fallo. Por supuesto, el padre se lo niega y esa negativa conlleva de inmediato la identificación del hijo con el padre” (p.133).

3.1.5 La lógica del delirio

Maleval (1998) retomando las ideas de Lacan y sus diferencias con la psiquiatría clásica propondrá 4 etapas del delirio que darán cuenta de la evolución de la relación del sujeto con el goce del Otro. El autor señala que una vez que la psicosis se encuentra desencadenada, el sujeto intentará revertir las confrontaciones con lo real, apareciendo entonces el delirio, el cual es un proceso de significación en el cual el sujeto elabora y consigue fijar una forma de goce más aceptable, trasladando el goce al significante. Encontrándose en la base de este fenómeno la falta de la metáfora paterna, la ausencia de toda referencia al Padre, produciendo allí una confusión entre lo imaginario y lo simbólico, retornando en lo real aquello que se encuentra forcluido en lo simbólico. Esta carencia del significante paterno provoca el desencadenamiento del significante y la deslocalización del goce.

P0 - Dislocación del goce y perplejidad angustiada

Durante esta etapa el psicótico comprueba que el orden del mundo está perturbado, abriéndose en el campo de lo simbólico una falla central que le provoca angustia y perplejidad. Al sujeto se le impone “el sentimiento de haber llegado al borde de un agujero en lo simbólico. Se abre una falla insoportable, que cautiva toda su atención y no le concede reposo (Maleval, 1998, p.133). El sujeto se hace la pregunta: ¿qué es...? pero no puede dar respuesta alguna. Con frecuencia, esta fase tiene dos momentos; la perplejidad y el enigma. En la primera, el sujeto es incapaz de dar una significación, es una experiencia inefable, que escapa a toda descripción en la cual el sujeto se siente el centro de las preocupaciones de sus semejantes por razones que no puede dar cuenta. Consiste en una experiencia que escapa de cualquier posibilidad de ser comunicada. La persona está situada allí “por todos los hombres, pero está para nada” (p.135). La angustia extrema lo invade y empuja al sujeto a hacer hipótesis. La persona comienza a preguntarse ¿por qué esto me ocurre a mí?

Maleval señala un segundo momento en esta fase al que llamó “el enigma” donde el sujeto intentará apaciguar su angustia a través de construcciones delirantes. La persona “experimenta la certeza de que le falta algo esencial, una base que le permitiera ser como

las otras, es decir, poder fundamentar su juicio y estar en condiciones de encontrar una dirección en la existencia” (p.139). Los sujetos que consigan elaborar una respuesta al enigma inicial, tendrán mejor pronóstico que aquellos que la perplejidad no puede fijarse sobre un punto preciso. De hecho, es frecuente que quienes no puedan elaborar nada, terminen quitándose la vida. El goce para entonces se encuentra deslocalizado. Lo que rige en el sujeto no es el goce fálico como en el neurótico, sino el goce del Otro, el cual no está regulado por la ley del significante. Se trataría, en términos freudianos, de un goce pregenital, donde el sujeto no encuentra satisfacción en la falta del Otro, sino que el goce está centrado en su cuerpo y sobre sus órganos.

P1 - Significación del goce deslocalizado

El sentimiento de inestabilidad lleva al sujeto a encontrar un punto fijo donde pueda aferrarse pero encontrará consuelo tan solo en una idea. Este periodo se caracterizará por una gran movilización del significante que se esforzará por resolver el enigma pero seguirá sin lograrlo todavía. Las explicaciones que encontrará aún no alcanzarán, pero habrá un brote de sentido que se anticipará al advenimiento de la significación. Deambularán por su cabeza varias hipótesis pero no sabrá con cual quedarse. No habrá convicciones sino dudas delirantes. Aparecerán alucinaciones misteriosas, gestos inquietantes, acusará a uno y a otro sin poder fijar sus sospechas. Aunque el sujeto cuente con un material significativo suficiente como para elaborar una construcción delirante, aún “no es apto para identificar su goce en el campo del Otro, de manera que sus interpretaciones no encuentran la manera de organizarse a partir de un centro” (Maleval, 1998, p.175).

El síndrome más característico de este período es el *delirio paranoide*. Este es un delirio no sistematizado en donde se elaborarán afirmaciones e hipótesis que no se sostendrán. La incoherencia será uno de los rasgos más característicos del delirio paranoide, donde se presentará una gran movilidad, variabilidad y carencia de relación entre las ideas que tenderán a atenuarse a medida que progresa el trabajo de elaboración del delirio.

4. ANÁLISIS DEL CASO: Paciente A:

4.1 Presentación del caso

La paciente a la que llamaré "A" para preservar su identidad, es alguien a quien tuve la oportunidad de escuchar durante una de las entrevistas realizadas a los internos del Hospital Vilardebó. Elegí este caso porque considero interesante para conectar con la teoría del Complejo de Edipo y la forclusión del Nombre del Padre según Lacan.

La paciente es una mujer de aproximadamente 25 años y madre de tres hijos. Ella relata que su familia la llevó al hospital engañada, bajo el pretexto de que estaba delirando, ya que sus familiares consideran que está loca. La paciente menciona que es creyente y que recientemente descubrió que también tiene habilidades de sanadora. Según cuenta, se percató de esto hace unos meses, y cuando lo comentó a su familia, su madre la llevó al hospital de la ciudad bajo el pretexto de que iba a curar a una persona. En realidad, fue una maniobra para internarla. "A" describe cómo miraba la luz del techo y le pedía a Dios que curara a las personas. Mientras lloraba, se lavaba las manos con sus lágrimas, "Llorando yo me lavo las manos, frente y cuello; frente y cuello; frente y cuello", con esto detenía el llanto y aliviaba el dolor de los otros. Señala que ve dos lámparas cuando sana a las personas, una con luz clara y otra luz oscura y observa cómo la luz blanca va entrando en la oscura y va aclarando hasta que esta se vuelva blanca.

Al preguntarle sobre su vida antes de los últimos meses, la paciente comenta que todo estaba muy mal. En ese periodo, enfrentaba serios problemas económicos y dificultades en su entorno familiar. Menciona que tenía una pareja que había estado en prisión y que, al momento de la entrevista, él se encontraba en su casa con sus hijos. Señala que, tras su liberación, las cosas empeoraron considerablemente, ya que él comenzó a hacerle la vida imposible, al punto de golpearla en diversas ocasiones. Tras no encontrar una explicación satisfactoria para esta situación, ella empieza a sospechar que podría tratarse de un "amarre". Comenta que su pareja es macumbero y que este amarre lo hace para que ella se enamore de él.

Sobre su relación con su madre, relata que nunca se sintió querida por ella y que su madre temía que "A" se convirtiera en cantante y bailarina, que es lo que a ella le apasiona.. Menciona que su madre le tiene envidia por ser sanadora, por los hijos que tiene y por su marido. Al preguntar por qué piensa que su madre no la quiere, "A" menciona que no sabe

con exactitud, cree que es por ser la hija mayor, pero no puede dar una justificación clara. Comenta también que su madre está enamorada de su pareja, y que durante las fiestas de fin de año descubrió a su pareja en una situación íntima con su propia madre. Esto la enfureció profundamente, y a partir de entonces, tanto su madre como su esposo empezaron a llamarla "loca". Empezaron a "hacerle la guerra", y ella estuvo varios días fuera de casa con sus hijos debido a que la habían echado. Desde entonces, su madre ha llevado ofrendas a una casa de "macumbas" para que la traten de loca, mientras que ellos sostienen que no ocurrió nada. Comenta que su pareja y su madre tienen casi la misma edad. Su madre tiene 46, su pareja 39 y ella aproximadamente 25. "A" atribuye el odio de su madre hacia ella a que está enamorada de su esposo.

"Dos Por tres chocamos con ella. Yo soy de carácter fuerte también, soy de Leo, mi madre es de Géminis y mi pareja también de Géminis. Ellos son personas que no aman a nadie, gustan de sí mismos y gustan de personas que no le tienen que gustar. Ella quiere a mi marido porque es moreno, es un hombre grande de 39 años."

La paciente también menciona que ha visto a su pareja en situaciones similares con otras mujeres en el pasado, y que esos episodios terminaron en violencia. Ella señala que la primera vez que estuvo internada fue después de esas fiestas fatídicas, y que con sus parejas anteriores no había tenido problemas hasta la llegada de este último, quien ella cree que le hizo un "amarre". Todos los problemas comenzaron cuando su pareja salió de la cárcel.

4.2 La Forclusión del Nombre del Padre y La estructura psicótica

En la teoría lacaniana, la forclusión del Nombre del Padre es un concepto clave para entender las estructuras psicóticas. Esta forclusión se refiere a la ausencia de la función paterna en el registro simbólico del sujeto, lo que impide la internalización de la ley y la castración simbólica, creando un vacío en su estructura psíquica. Con la información que contamos de la paciente y teniendo en cuenta de que se trata de una psicosis, podemos decir que el Nombre del Padre se encuentra forcluido. El significante del nombre del padre no se encuentra constituido en la cadena de significantes. Haciendo que lo forcluido en lo simbólico, retorne en lo real.

Según su relato, el delirio parece haberse desarrollado unos meses antes de la entrevista, aproximadamente a los 25 años, una edad que no es la más común para el inicio de una psicosis. Podríamos decir que se trata de una descompensación tardía. Durante todos esos años la paciente se había mantenido estable, hasta que un encuentro con lo real termina revelando una estructura psicótica. Maleval (2002) señala:

Cada sujeto parece poseer formas de defensa privilegiadas a las que recurrirá de forma ineludible en circunstancias que sea incapaz de asumir. Entonces se revelará una estructura preexistente, análoga, escribe Freud, a lo que se observa cuando arrojamos al suelo un cristal. "Se romperá, no de cualquier forma, sino siguiendo sus líneas de fractura, en pedazos cuya delimitación, aunque invisible, estaba determinada con anterioridad por la estructura de cristal" (Maleval, 2002, p.34-35).

En su discurso, está presente la malignidad del otro: su pareja la golpea y maltrata, e incluso le hizo un amarre. Su madre quiere quedarse con todo lo que ella posee: sus hijos y su pareja. Además, le tiene envidia porque tiene el don de sanar y no la quiere porque es la primera hija. En el relato de "A" surgen fisuras cuando se investiga el motivo por el cual estas dos figuras quieren hacerle daño. Ella relata algunos intentos de explicación, pero no los considera suficientes.

4.3 El Delirio Místico y su Función

Con lo que refiere al delirio, el mismo se caracteriza como un delirio místico. La paciente afirma haber tenido una "revelación divina" que le permitió adquirir el don de la sanación, el cual utiliza para curar a los enfermos. Este se presenta como una forma de resolver su angustia y conflicto interno.

- *Delirio como Intento de Curación:* El delirio de "A" puede ser visto como un intento de encontrar sentido y estructura en su experiencia interna caótica. Su creencia en las habilidades de sanación le proporciona un sentido de control y superioridad sobre las figuras malignas en su vida (su madre y su pareja). Se ubica en un lugar opuesto al de su pareja y su madre, quienes son practicantes de magia negra, mientras que ella es muy creyente en Dios, al punto de ser bendecida con el don de la sanación. Este delirio le permite distanciarse de sus agresores y ofrecer una explicación coherente para su sufrimiento

- Elementos Paranoides y Megalomaniacos: La paciente presenta una mezcla de elementos paranoides (sentimiento de ser atacada por su madre y pareja) y megalomanía (creencia en su don divino). Esta combinación es característica de los delirios psicóticos, donde el sujeto intenta afirmar su identidad y su lugar en un mundo que percibe como amenazante. Esta malignidad tan presente en el otro la coloca en un cuadro paranoide, sin llegar a uno paranoico debido a la falta de estructuración del mismo. Aunque percibe que el otro le quiere hacer daño pero ella no sabe bien porqué, sin poder llegar a generar un sentido coherente en su relato.

4.4 El Momento de Descompensación y el Rol de la Forclusión

Parece haber un momento clave en la historia de la paciente: la salida de su pareja de la cárcel. Sabemos que él fue liberado mientras ella estaba embarazada de su tercer hijo. También hemos aprendido que su primer hijo es de otro padre, a quien conoció cuando él estaba en prisión. Durante toda la relación con este primer padre, él permaneció encarcelado. La segunda pareja también la conoció mientras él estaba preso, y es a partir de la salida de este último que las cosas comienzan a cambiar. Es la primera vez que la paciente convive con una pareja. Cuando sus parejas se encontraban presas, "A" se encontraba estable. Parece que es la aparición de este hombre lo que la desestabiliza

La descompensación tardía en el caso de "A" sugiere que el conflicto y la estructura psicótica preexistían, pero se manifestaron claramente tras la salida de su pareja de la cárcel. La aparición de este hombre y el conflicto con su madre parecen haber actuado como un desencadenante que reveló una estructura psicótica subyacente.

- El Encuentro con lo Real: Como señala Bafico (2015), una crisis psicótica puede ser provocada por un evento aparentemente casual que, en su naturaleza, plantea una pregunta o dilema existencial que resulta incomprensible para la persona que atraviesa la crisis. Este evento se convierte en un disparador significativo, ya que el individuo se enfrenta a una situación que desafía su comprensión y su capacidad de encontrar respuestas. La falta de resolución frente a esta pregunta puede llevar a una profunda confusión, desorientación y, en última instancia, a una ruptura con la realidad, exacerbando así la experiencia psicótica.

El evento traumático de descubrir la relación entre su madre y su pareja podría ser interpretado como un encuentro con lo real, un evento que no puede ser simbolizado ni integrado en el registro simbólico del sujeto porque la paciente no está inscrita en la cadena de significantes. Este evento desencadenó la descompensación y permitió que la estructura psicótica preexistente se manifestará plenamente. problemas.

La entrada en escena de esta pareja que sale de la cárcel es un ser castigador, que viene a arrebatarse lo que es de ella. Si tuviéramos que ubicarlo en los tiempos del Edipo parece ser el padre del segundo tiempo. Ese padre privador, terrible, que viene a disputar el falo. La llegada del nuevo compañero de "A" y la relación íntima entre su madre y este hombre sugieren una figura de "padre rival". Podríamos arriesgarnos a hipotetizar que "A" percibe a este hombre como una figura paterna, sugiriendo una escena incestuosa en la que su madre tendría relaciones con su "padre". Al narrar la escena íntima menciona, como dato no menor, que las edades de su pareja y su madre, son cercanas, mientras ella es mucho más joven.

4.5 Las fases del delirio

A partir del relato de la paciente, podríamos identificar dos tiempos del delirio donde se aprecian distintas posiciones que va adoptando la paciente en lo que refiere al goce del Otro.

P0 - Deslocalización del Goce y perplejidad angustiante

Si tuviéramos que decir dos momentos claves que llevaron a la paciente a encontrarse con el agujero simbólico podríamos decir que, primeramente la salida de su pareja de la cárcel. La entrada en escena de este personaje que, hasta entonces, se encontraba recluido. Como ella misma menciona, es la primera vez que convive con alguna pareja, ya que la anterior también lo había conocido estando él preso. Como menciona Bafico (2017) en la perplejidad, se presenta una dificultad para asignar significado, acompañada de un silencio que impide compartir la experiencia vivida. Es un instante de enfrentamiento con un vacío absoluto, en el cual la persona se siente incapaz de comprender.

Otro momento clave parece cuando descubre a su pareja y su madre manteniendo relaciones sexuales en las fiestas. Este encuentro con lo real, escapa de cualquier significación posible y acerca a la paciente al agujero simbólico. Se presenta un enigma que no tiene respuesta alguna y arrastra a la paciente a la perplejidad angustiante, develando la carencia de la metáfora paterna y por lo tanto, su estructura psicótica. No existe el Nombre del Padre que asegure el ser del sujeto en sus fundamentos y que cierre las preguntas angustiantes acerca del origen. Esta ruptura de la cadena de significantes suscitadas por la falta de la función fálica son generadoras de perplejidad (Maleval, 1998).

P1 - Significación del Goce deslocalizado

Ya en esta fase podemos ver algunas significaciones que intentan apaciguar el goce deslocalizado. Comienza un gran movimiento del significante que se esfuerza por encontrar un punto fijo donde pueda mantenerse y aferrarse pero que aún no lo consigue. Empezarán a asomarse los primeros intentos de explicaciones. La influencia de la religión umbanda, de ella y su familia, la llevan a recurrir al amarre como primer intento. Empieza a percibir que su pareja le quiere hacer la vida imposible pero ella no consigue terminar la relación, encuentra en “amarre” la primera posible explicación. “creo que me hizo un amarre”, el cual la mantiene atada a él bajo los principios religiosos.

Podemos identificar claramente estas dudas delirantes y la construcción del delirio paranoide característicos del P1. En base al encuentro de su pareja teniendo intimidad con su madre, la paciente comienza a considerar que la madre la odia porque está enamorada de su esposo. Tenemos entonces dos personajes malvados; su pareja y su madre que la quieren hacer pasar por loca. Observamos claramente la proyección, ellos son la causa de lo que me sucede. No hay nada malo en mí, son ellos que me odian. Estamos ante la construcción de un delirio paranoide que como señala Maleval (1998), este es un delirio no sistematizado que adopta variadas formas como lo es la “agresión, transformación corporal con experiencias misteriosas, influencia, posesión, celos, hechicería fantástica, sentimientos cósmicos o hipocondríacos, etc” (p.177). Pero ¿por qué me odian? porque se quieren quedar con lo que es mío; con mi pareja, con mis hijos. Si bien vemos esbozos de posibles explicaciones, no vemos convicciones, sino dudas delirantes que dan cuenta de la sistematización imperfecta; “creo que”, no sé por qué”. Esta actitud interrogativa devela la ausencia de la significación fálica que vuelve incapaz al sujeto de una afirmación categórica. Solo consigue frenar un poco la deriva de las interrogaciones acudiendo a un principio divino; “Soy la elegida de Dios”. “ Dios me ha bendecido con el don de la sanación”. Como señala Maleval, la religión permite a ciertos psicóticos encontrar reglas gracias a las cuales

orientarse en la existencia y limitar su goce, pero la falta de significación fálica lo deja desamparado cuando se encuentra con el deseo del Otro.

Si bien podemos apreciar algunas significaciones como hemos nombrado anteriormente dichas afirmaciones se derrumban, se vuelven a levantar, se contradicen. Aún manteniendo un material significativo suficiente como para elaborar una construcción delirante, todavía no se encuentra apto para elaborar una construcción delirante ni identificar su goce en el campo del Otro (P2); sus interpretaciones no encuentran la forma de organizarse a partir de un centro. Este impulso a la completud del Otro puede llevar al llamamiento al Padre, no al padre gozador sino al que pueda limitar el goce, pero generalmente este fracasa, permaneciendo en la estructura psicótica el dominio del padre gozador, debido a la falta del Padre simbólico. Estas características del delirio de la paciente hacen que su goce se encuentre disperso en su cuerpo en las alucinaciones e intuiciones, es decir, en el P0 y P1.

4.6 Diagnóstico y Pronóstico

El caso de "A" podría diagnosticarse como esquizofrenia paranoide con delirio místico-religioso, dada la presentación de sus síntomas y la coherencia interna de su delirio. La falta de metáfora paterna y la forclusión del Nombre del Padre juegan un papel crucial en la configuración de su estructura psicótica.

La presencia de una creencia firme y coherente en sus habilidades de sanación, junto con la configuración paranoica del delirio, sugiere que el cuadro psicótico podría seguir en ascenso. La estructura coherente del delirio místico, aunque le proporciona un sentido de control, también indica una dificultad en la integración y simbolización de su experiencia psíquica.

5. CONSIDERACIONES FINALES

En el transcurso de este trabajo, se ha explorado los conceptos fundamentales del psicoanálisis lacaniano, particularmente la forclusión del Nombre del Padre y su impacto en la dinámica del complejo de Edipo. El enfoque teórico proporcionado ha permitido una comprensión de cómo Lacan reformula la estructura psíquica, especialmente la psicótica, a partir de su visión del Nombre del Padre como pilar esencial en la constitución del sujeto.

El objetivo de la presente monografía fue brindar una aproximación a la estructura psicótica y a la noción de forclusión del Nombre del Padre según Lacan, la cual representa una falla en la función paternal que impide la inscripción del padre en el registro simbólico del individuo. Esta ausencia de la función paternal, en lugar de ser una mera ausencia, actúa como un vacío que influye profundamente en la configuración del inconsciente y en la forma en que se articula la realidad psíquica del sujeto.

En conclusión, la integración del concepto de forclusión del Nombre del Padre dentro del marco del complejo de Edipo permite una visión más matizada y comprensiva de las patologías psíquicas que emergen en contextos de fallo simbólico. La intersección de la teoría y la práctica en el análisis del caso subraya la relevancia de estas nociones para la comprensión y desarrollo de estrategias terapéuticas más efectivas. Este trabajo reafirma la importancia de continuar explorando y aplicando las teorías lacanianas para enriquecer el campo del psicoanálisis y ofrecer un tratamiento más adecuado.

Este trabajo invita a continuar la exploración y el estudio profundo de la estructura psicótica en un contexto contemporáneo donde la subjetividad individual a menudo se encuentra desdibujada y marginalizada. En una era en la que la medicalización y el diagnóstico estandarizado tienden a prevalecer, la singularidad y la complejidad de cada caso clínico pueden ser desconsideradas, reduciendo la riqueza del sujeto a meros síntomas categorizados. La tendencia actual a tratar a los pacientes mediante enfoques uniformes y genéricos, basados en protocolos diagnósticos, corre el riesgo de ignorar las dimensiones más sutiles y particulares de la experiencia subjetiva.

Es en el ámbito clínico, en el encuentro entre el sujeto y el analista, donde se ofrece un espacio crucial para la escucha y la comprensión profunda desde la perspectiva de la singularidad del individuo. Este contexto permite que el analista se acerque al paciente no

sólo como un portador de síntomas, sino como una persona con una historia, una estructura psíquica única y un conjunto de vivencias que requieren una atención específica y personalizada.

Por otro lado, si entendemos el delirio como un intento de curación, como se ha desarrollado en el presente trabajo, resulta fundamental que como profesionales del campo psicoanalítico no nos limitemos a silenciar o a clasificar el delirio de manera superficial. La reducción de los fenómenos psicóticos a simples diagnósticos sin una comprensión profunda del contexto y la función del delirio puede llevar a intervenciones que no aborden adecuadamente las necesidades del sujeto. En lugar de ello, tenemos el deber y la responsabilidad de fomentar un conocimiento exhaustivo y una investigación detallada sobre cada situación clínica particular. Este enfoque requiere un compromiso con el estudio minucioso de las manifestaciones psíquicas del paciente, reconociendo que cada expresión del delirio es un componente esencial en la búsqueda de un entendimiento más amplio de la psique y de la mejor manera de ofrecer apoyo y tratamiento adecuados.

En consecuencia, la tarea del psicoanalista se vuelve aún más crucial en un entorno donde la subjetividad corre el riesgo de ser invisibilizada. Es importante seguir desarrollando y enriqueciendo las prácticas clínicas mediante un enfoque que valore la complejidad y la individualidad, promoviendo así un tratamiento más humano y eficaz que responda a las necesidades de cada sujeto en su contexto único.

6. Referencias bibliográficas:

Bafico, J. (2017). ¿Podemos hablar de psicosis actuales? Revista Repique. GLM Grupo Lacaniano. Montevideo. Disponible en:

<https://glm-uy.org/template.php?sec=revista-repique&file=revista-repique/001/podemos-hablar-de-psicosis-actuales.html>

Bafico, J. (2020). El origen de la monstruosidad. Edición aumentada y revisada.

Bafico, J. (2022). El oficio del analista. Debate.

Bleichmar, H. (1976). Introducción al estudio de las perversiones: La teoría del Edipo en Freud y Lacan.

Calligaris, C. (1991). Introducción a una clínica diferencial de las psicosis. Buenos Aires. Ed. Nueva Visión.

Carbajal, E., D'angelo, R., & Marchilli, A. (1986). Una introducción a Lacan. Lugar Editorial.

Dor, J. (2002). Introducción a la lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como lenguaje. Ed. Serie Freudiana

Evans, D. (2007). Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano. Buenos Aires: Paidós.

Ey, H. (1950). Estudios sobre los delirios. Paz Montalvo, Madrid.

Ey, H., Bernard, P., & Brisset, C. (1975). Tratado de psiquiatría. In Tratado de psiquiatría

Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. Segunda parte. Tomo V. Obras completas de Sigmund Freud. Ed. Amorrortu, Bs. Aires.

Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual (Tomo VII). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1911). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descrito autobiográficamente. En Sigmund Freud-Obras completas. Volumen XII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1916). Conferencias de introducción al psicoanálisis. Obras completas, vol 16.

Freud, S. (1924). Obras completas de Sigmund Freud. Volumen XIX-El yo y el ello, y otras obras (1923-1925).

Maleval, J. C. (1998). Lógica del delirio. Ediciones Del Serbal.

Maleval, J. C. (2002). La forclusión del Nombre del Padre: el concepto y su clínica. Buenos Aires: Paidós.

Nasio, J. D., Arcangioli, A. M., Berthon, D., Coriat, A., François, Y., Garcia-Fons, T., ... & Zolty, L. (2008). Los más famosos casos de psicosis. Editorial Paidós.

Nasio, J. D. (2013). El Edipo: el concepto crucial del psicoanálisis. Editorial Paidós.

Lacan, J. (1955). Seminario 3. Las psicosis. Editorial Paidós.

Lacan, J. (1956). El seminario de Jacques Lacan v. 4: La relación de objeto. Editorial Paidós.

Lacan, J. (1958). Seminario 5: Las formaciones del inconsciente. Editorial Paidós.

Lacan, J. (1964). Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales. Bs. As.: Paidós.

Lacan, J. (1966). Escritos 1. Ed. Siglo veintiuno editores.

Laplanche, J., Pontalis, J. B., & Lagache, D. (1998). Diccionario de psicoanálisis.